

ministros en ejercicio, que no se hayan agarrado como diablos de su sillón ó de su despacho para promover la mas grande felicidad del pueblo, y que hayan rehusado adeudar al Estado para trabajar por mas tiempo en la mejora moral y material de las clases laboriosas? Si se han encontrado entre ellos algunos poco diestros en estos manejos, vosotros convendréis, amigos míos, en que ellos no han sido muchos, ni han sido incensados por los diarios de la democracia.

ENTRETENIMIENTO DIEZ Y SIETE.

Lo que el pueblo debe á sus amigos modernos, y lo que debe á Jesucristo. Paralelo de las instituciones católicas con las instituciones revolucionarias. Dónde se hallan los verdaderos amigos del pueblo.

Si el ínfimo pueblo no es dichoso viviendo en el seno de las luces y de la opulencia, no es á la verdad por no haber tenido ni tener aún exaltados amigos y valerosos campeones en las regiones del poder. Desde que el pueblo ha sido llamado á gobernarse por los que él mismo eligiera, ¿cuáles han sido los candidatos de la diputación ó del ministerio, que no hayan hecho alarde de un sacrificio sin límites á favor de los intereses de las masas, y que no hayan confirmado sus juramentos por puñadas de mano y obsequios de vino mas ó menos abundantes? ¿Cuáles son los diputados ó

ministros en ejercicio, que no se hayan agarrado como diablos de su sillón ó de su despacho para promover la mas grande felicidad del pueblo, y que hayan rehusado adeudar al Estado para trabajar por mas tiempo en la mejora moral y material de las clases laboriosas? Si se han encontrado entre ellos algunos poco diestros en estos manejos, vosotros convendréis, amigos míos, en que ellos no han sido muchos, ni han sido incensados por los diarios de la democracia.

Con todo esto, para cualquiera que no esté ciego es ya cosa bien averiguada, que la condicion moral y material del ínfimo pueblo ha bajado prodigiosamente bajo el gobierno del pueblo soberano, de suerte que su corona se parece mucho á la que Pilato decretó al Crucificado del Calvario.

¿De dónde viene que las obras correspondan tan mal á las promesas? ¿De dónde viene que vosotros jamas hayais sido mas engañados y arruinados, que bajo el régimen luminoso de la discusion pública, de las cartas-axiomas publicadas y aplicadas por vuestros amigos? ¿De dónde viene que jamas habeis sido tan esclavos como bajo las constituciones liberales, y que el gobierno que marcha bien sea el mas abusivo y el mas costoso de todos? Esto solo es misterio ya para los zotes incorregibles; ya os lo he dicho en el Despertador del Pueblo, y no será en vano repetirlo: las mayorías que os han gobernado han sido general-

mente pancistas; luego es de la esencia de los pancistas ser, sobre todo, consagrados á sus vientres, y amar al pueblo como el lobo ama al cordero, como el gavilán y la zorra aman á los pollos. Los demócratas de esta especie no son mas que demonios chachareros, que tomando al pueblo por una manada de pavos, se aplican á engordarlo y adormecerlo con bellas frases á fin de enredarle los piés, pico y cola, para desplumarlo á su placer, recargarlo de impuestos, y hacerlo madurar para cocerlo en el caldo de las revoluciones.

En fin, ya es tiempo de que el pueblo conozca la señal infalible por la que pueda distinguir á los que lo explotan, de sus verdaderos amigos; á sus verdugos, de sus mas adictos bienhechores: esta señal, amigos míos, es la fé en Jesucristo, pero la fé demostrada por las obras. "La fé sin las obras es muerta, dice la Escritura, y el Salvador nos advierte, que él reconocerá por suyos, no á los que hayan hablado en su nombre, sino á los que hicieren la voluntad de su Padre."

Que Jesucristo haya sido y sea todavía el amigo por excelencia de todas las clases, y sobre todo de las clases pobres y que sufren; que por su sacrificio y el de su Iglesia, él ha sacado de un abismo de abatimiento, de ignorancia y de miserias, á los pequeños, á los débiles, á los pobres que hacen las diez y nueve veintenas á lo menos de nuestra especie: que él sea el primer autor,

propagador y defensor de los principios de la verdadera fraternidad, de la igualdad y de la libertad universal; en una palabra, de todos los principios de la verdadera civilización y de todas las instituciones realmente populares, es cosa que creo haber probado ya con toda la luz de la historia, y de que no puede dudarse sino por una grande mala fé, ó por una crasa ignorancia. Fuera de la nación judía que vivía bajo la ley del verdadero Dios, ¿dónde estaba el infimo pueblo en el primer año de la era cristiana? No existía infimo pueblo; pero habia en su lugar una masa innumerable de individuos á quienes los filósofos, legisladores y gente de pluma de la época llamaban *una segunda especie de hombres creada para el servicio y el capricho de sus señores.* ¿Qué son todavía las naciones no cristianas de nuestros días? Son rebaños de esclavos, que tienen por dios ó medio dios al monstruo que los gobierna, y le reconocen sin la menor dificultad el derecho de disponer arbitrariamente de su propiedad, de sus hijos, de su vida.

¿Cómo Cristo ha progresivamente criado, ilustrado, libertado á las clases populares? ¿Escribiendo ó escribiendo bellas frases sobre los derechos del pueblo, como hacen nuestros filósofos diaristas y románceros pancistas después de haber hecho las diez y nueve veintenas á lo menos de nuestra especie.

En el entretenimiento octavo.

berse desayumado espléndidamente á espensas del público en sus salones dorados? ¿Es charlando sin fin en esas petardías legislativas, donde nuestros demócratas revolucionarios decretan, hace mas de medio siglo la libertad, la instruccion y el bienestar del pueblo, y no trabajan sino en su esclavitud, su ignorancia y su ruina?

No; haciéndose esclavo, naciendo como el último y el mas pobre de los esclavos, es como el Hijo de Dios hiere en el corazon de la esclavitud: es como él prepara el ennoblecimiento del trabajo y de los trabajadores: es evangelizando en los campos y en las aldeas noche y dia: es sirviendo á los ignorantes, á los pobres, á los enfermos como él trabaja en la educacion y el alivio de los pueblos; en fin, para obtener de la Justicia divina y de la apatía humana la redencion universal, él corona la vida mas consagrada á la salud de todos entregándose á la muerte mas humillante y la mas cruel. Esto es comprar bien caro, á mí parecer, el título de amigo, de salvador de todos y en especial de estas masas del ínfimo pueblo, á quienes los demócratas de la antigüedad rehusaban la calidad de hombres, y á quienes los demócratas modernos no han sabido hacer mas que máquinas para el trabajo ó carnaza para el cañon.

No es esto todo: es evidente que la vida y la muerte del Hombre-Dios habrian sido sin resultado para la humanidad, si no hubiera confiado

la palabra de salud, la carta divina del género humano, á los apóstoles abrasados de amor de Dios y de los hombres, para publicarla y mantenerla de siglo en siglo en todo el universo al precio de su sangre. Es cierto tambien que la carta evangélica habria corrido grande riesgo de ser alterada, ó de quedar ignorada, si el divino Libertador no se hubiera hecho presente de una manera muy real, aunque invisible, en medio de los suyos para dirigirlos y sostenerlos: si para mantener el fuego de la caridad divina, no se hubiera aparecido á todos, y no se hubiera comunicado á cada uno en el adorable sacrificio y sacramento de nuestros altares; y aquí os ruego, amigos míos, que observeis la diferencia que hay entre las instituciones del pretendido despotismo católico y las instituciones liberales de la democracia participativa.

Si el catolicismo hace inclinar todas las cabezas humanas, las cabezas pontificales y reales, como las cabezas legas y plebeyas, bajo la condicion de creer unas mismas cosas, de cumplir unos mismos deberes; en recompensa él nos procura á todos unos mismos bienes espirituales. Seais ayuda de cámara del papa en Roma, seais miembro de la mas pobre parroquia católica de Europa, de Asia, de Africa ó de América, todo es uno. Si en el último estado teneis la desgracia de perderos, ó de llegar á menor altura de los cielos, que el

ayuda de cámara del papa ó el papa mismo; esto será obra vuestra, y no de la Iglesia, que ha puesto á vuestra disposición los mismos medios generales de santificación de que gozan los papas y sus gentes de servicio: en suma, por las obligaciones que les son impuestas, todos los católicos son pueblo, y por las ventajas de que todos ellos pueden disfrutar, todos son reyes. La única distinción que ellos reconocen entre sí, es la del sacerdocio; pero el sacerdocio no es mas que una carga pública desempeñada en beneficio de todos, por ministros cuyo gefe supremo se llama con toda verdad: *Servio de los siervos de Dios*. Entre tantos millones de mártires que han hecho triunfar la civilización cristiana, ¿qué clase ha dado tantos como el sacerdocio? ó mas bien, ¿hay un solo mártir que haya dado voluntariamente su vida por la fé, sin haberlo hecho á ejemplo y bajo la inspiración del sacerdocio? Fraternidad, igualdad, libertad de todos fundada sobre la ley y la caridad de Jesucristo que viven siempre en su sacerdocio, hé aquí lo que en realidad nos ofrece la Iglesia católica. Veamos ahora las bellas instituciones que nos ofrecen los demócratas revolucionarios. Sus constituciones llevan por encabezado: ¡Viva la libertad! ¡Abajo el despotismo! y estas mismas constituciones establecen que la libertad consistirá en el derecho de la mayoría ministerial de disponer

despóticamente de todos los intereses morales y materiales de todo un pueblo, y en el deber para el pueblo de sufrirlo todo y pagarlo todo. Y en seguida se lee: ¡Viva la igualdad universal! ¡Abajo los privilegios! Luego se encuentra que la capital es todo, lo acumula todo, el poder, las luces, los capitales, los placeres, no dejando á las provincias mas que el monopolio de la abyección, del trabajo y de la miseria. Deseando uno de los mas abominables emperadores de Roma acabar de un solo golpe con todos sus vasallos, esclamaba: "de buena gana quisiera yo que el pueblo romano no tuviera mas que una sola cabeza." Nuestros demócratas sí que han cumplido bien este voto del tigre: que se revolucione una nación, dicen, como se voltea una tortilla. En cuanto á su fraternidad y amor por el pueblo, es muy evidente que ellos siempre lo han hecho consistir en dos cosas: Primera, en devorar como aristócratas y enemigos del pueblo á todos los que hacen sombra, ó cuya fortuna envidian: segunda, en devorarse unos á otros, cuando se trata de repartir los despojos de las víctimas. El calendario de sus santos mártires, no ofrece sino cortadores de cabezas y de bolsas, degollados por otros igualmente cortadores de cabezas y de bolsas, que temian por sus cabezas y sus bolsas. Que Marat, Danton, Robespierre y sus dignos colegas encuentren todavía devotos que los celebren co-

mo víctimas inmortales de la causa popular, sean en buena hora; esto prueba que la religion del sansculotismo no está cerca de acabar; pero yo tengo gusto en creer, amigos míos, que ella no tiene muchos adeptos entre vosotros.

El Mayre.—No señor, fuera de dos ó tres admiradores de las virtudes del año de 93, bastante virtuosos ellos mismos para haber llamado la atención de la justicia, y merecido un alojamiento á espensas del Estado, yo no sé que este país cuente con devotos de la guillotina. En cuanto á los héroes de este culto infernal, yo conozco suficientemente sus hechos y sus obras para estar convencido de que si ellos hicieron alguna cosa por la patria, fué cuando, despues de haberla cubierto de sangre y de ruinas, tuvieron la saludable idea de degollarse unos á otros. Disminuye mi horror á Robespierre, cuando yo lo veo llevar al cadalso á Danton, Hevert, Camilo Desmoulins y una multitud de otros *hermanos y amigos*. Mi corazon se dilata, cuando veo en seguida á los héroes del 9 Termidor, despues de haberle quebrado una quijada á Robespierre en una sala del hotel de la ciudad, arrastrar al incorruptible amigo del pueblo, á la plaza de la revolucion en compañía de sus fieles; y no tengo mas que un pesar, y es, que al momento en que Robespierre, Couthon, Sain-Just, Henriot, &c., estornudaban en el saco, no se haya encontrado un representante del verdadero pue-

blo para completar la fiesta, siendo, á decir, bien escoltado este decreto en la tribuna de la convencion: "En atención á que la mitad de los miembros de la asamblea y todos los miembros de los comités y tribunales revolucionarios son dignos de seguir á su gefe, todos ellos quedan puestos fuera de la ley, con prevención á los ciudadanos verdugos, de despacharlos con la menor dilacion posible."

En suma, ¿qué fueron todos estos abogados y mártires de la causa del pueblo? Como vos lo habeis dicho, mi señor, fueron verdaderos pancistas, no adorando mas que su miserable persona, engordando con sangre y con rapiñas, y amando al pueblo como el tigre ama á su presa. Además, este es el carácter comun de todo hombre sin religion: él es necesariamente egoista, adorador de todos sus vicios; y si él no es ni ladrón ni asesino, no es tanto por falta suya, como porque le han faltando las ocasiones. No pertenece mas que á la fé cristiana hacer almas consagradas á Dios y á los hombres.

Platon Polichinelle.—Sí, mi señor, el verdadero amor de Dios y del prójimo, que hace que nosotros amemos á Dios sobre todas las cosas, y á los hombres, aun á nuestros enemigos, al igual de nosotros mismos, evidentemente es una produccion sobrenatural del cristianismo, porque en ninguna otra parte se encuentra, si no es acaso en algunas